

Del miedo y sus sinrazones

Francisco Mercado Noyola

SE DICE QUE LA NOVELA POLICIACA EN MÉXICO, al igual que otros géneros fundados y ejercidos en el mundo desarrollado, no ha tenido la fortuna estética ni el mercado editorial suficiente para su creación y consumo exitosos. Lamentable realidad, la figura de un agente de la policía ministerial, de proba honestidad y agudo poder de raciocinio sería, cuando menos, insostenible. De ahí que lo detectivesco no haya gozado de prosperidad en nuestras letras. No obstante, de vez en vez, aparece alguna excepción en medio de la solemnidad inherente a nuestra narrativa, que da un soplo de oxígeno al cultivo de los géneros populares.

El filo diestro del durmiente de Héctor

Fernando Vizcarra, publicada por editorial Terracota, novela negra o policial —la teoría siempre arruina el misterio— es un artefacto que se impone a un lector ávido de indagar y proponer soluciones y encadenamientos. Se trata de una secuencia fragmentaria de acciones en que la disposición tipográfica impone marcas útiles al lector para resolver el rompecabezas. Raphaël Plénat, personaje cultivador del género, aparece en medio del relato como enunciador de una poética y como catalizador de la acción; el personaje marplatense Osvaldo Soriano, hincha argentino hasta la médula, lector de Raymond Chandler, colega en sueños de Philip Marlowe y figura heroica incorruptible jamás se amilana en cancha ajena. Se erige como un personaje con



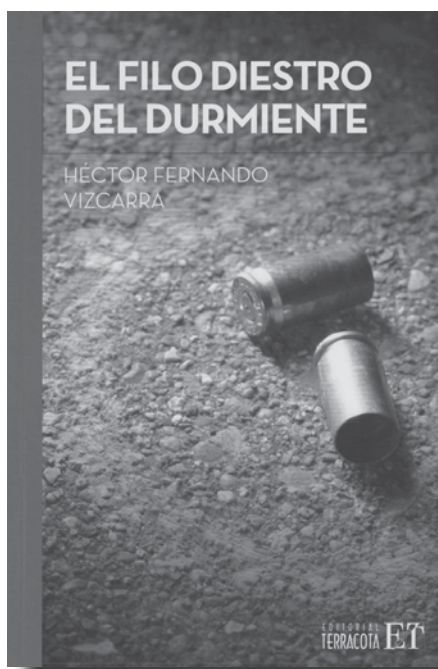
(Fotografía: International News Photo/ Getty Images)

(Fotografía: Fritz Gorol/Time Life Pictures/Getty Images)

profundas señas particulares, profesional remunerado que toma parte activa en el desenmascaramiento de los criminales. El fútbol, su argot y su mística, se erigen con derecho en nuestra épica contemporánea como una gran metáfora de la vida masculina, mientras que los retazos de narración —dejados como al descuido— se cierran con una estructura afortunada de serpiente mítica que se muerde la cola.

Adolescentes en viaje de iniciación, los personajes viriles de *El filo diestro del durmiente* comienzan con la búsqueda de una Ítaca espiritual y geográfica: Real de Catorce y la experiencia mística del peyote. Los estados alterados de la mente y el conocimiento revelado nos remiten a nuestras lecturas adolescentes de Carlos Castaneda. Sin embargo, nadie prevé la intempestiva venganza de “Mezcalito” sobre el grupo. El cuerpo aparentemente exánime de la compañera tímida de viaje se halla sobre las brasas de la fogata, después de la última noche de ingesta alucinógena. Doce años más tarde, un *sui generis* grupo de neoyuppies decide llevar a cabo una rebelión absurda contra la vida promedio, contra una existencia gris sin decoro. En su obsesiva búsqueda de lo incierto, desean poner su mundo en riesgo; su instinto lúdico adolescente es tentación mortal, encuentro con el pasado. La idea surge en el espacio de la culpa compartida, el velorio de un antiguo camarada, y en la marginalidad de un tugurio del área conurbada como voluntad de anonimato y desafío al peligro. Los camaradas conforman así su espacio de autonomía viril, representando a uno de sus escritores predilectos durante reuniones semanales: Reinaldo Arenas, Paul Auster, Rubem Fonseca, Antonio Tabucchi, Edgar Allan Poe y Mempo Giardinelli.

La necesidad primigenia de colocarse la máscara es inherente a toda cultura; lo carnavalesco oculta, quizá, el alter ego transgresor —homicida— de la comunidad. En nuestros personajes se ve decantada la necesidad evasiva del pequeño burgués, constreñido a cumplir con las virtudes del éxito social. Ellos descubren, a pesar de su condición limitada, el poder ilimitado de la imaginación narrativa, convencidos instintivamente del poder catártico y revelador de la palabra. Paradójicamente, en este ejercicio su culpa se materializa. La ficción se torna realidad y trastoca esta difusa frontera; persiguen afanosamente la evasión en las letras que, no obstante, acaban por imponer su condena; quedan atrapados en un infierno de mutuas suspicacias: todos ellos son, quizá, corazones delatores. La angustia del grupo se detona con la muerte de su compañero Gustavo; se agudiza con la aparición de una serie de fotografías incriminantes y con la certeza de que la compañera abandonada a su suerte se encuentra viva y buscando venganza. El pacto de silencio se transforma en mordaza de asfixia. “Hay un traidor entre nosotros, esa debe ser la consigna básica de todas las organizaciones”. Esta frase de Ricardo Piglia enerva los temores de los contertulios.



Héctor Fernando Vizcarra
El filo diestro del durmiente
México, Editorial Terracota
2013, 176 pp.

Dos personajes femeninos constituyen el eje narrativo de la novela. Fátima, homónima de la Resplandeciente hija del Profeta del Islam, es —en un principio— presunto cadáver, mujer resucitada para atormentar a los criminales por omisión, personaje pasivo y activo a una vez, poseedora del secreto que pudiese sosegar las aguas o desencadenar la fatalidad, y que se decide por esta última opción. Una estudiante pobre, solitaria, necesitada de afecto y bastante incauta se erige en el Agnus Dei del relato. Joel-Reinaldo Arenas la elige como víctima propiciatoria para ser sacrificada en aras de la paz del grupo y la anulación del pasado.

Contrario a lo que Sergei Eisenstein opinaba sobre el género policial como apología de los fundamentos capitalistas, *El filo diestro del durmiente* socava éstos. En sus páginas el héroe es denunciante —torturado y exiliado— del horror de la Guerra Sucia tanto en Argentina como en México, cuya máxima apoteosis por parte del sistema es su encarcelamiento en plena senectud; así como Vizcarra, quien muy lejos de ser un narrador evasivo pone en contexto el entorno de corrupción, violencia y falsa democracia del México contemporáneo y expone con elocuencia la vacuidad del éxito en las sociedades capitalistas. Los seis yuppies son muestra insigne de la Generación x, de la transición conflictiva entre el siglo xx y el xxi, de la obsesión evasiva ante la desesperanza. Una generación conflictuada, plástica, ferozmente consumista, carente de ideología y compromiso, habitante vitalicia de la crisis, que sin motivación ni esperanza en el futuro es víctima dócil de un miedo abstracto e infundado —cimentado en la culpa compartida— que puede dejar al desnudo una realidad sobrecogedora: en cada uno de nosotros, por anodina e inocua que parezca nuestra cotidianidad, existe un asesino en potencia.

Héctor Fernando es metido a Cervantes detectivesco, cuyo Cide Hamete —el académico argentino Néstor Ponce— le informa de las memorias inéditas de un investigador andante que deseó titularlas *El filo diestro del durmiente*. “A Osvaldo Soriano lo mantenía en pie el deseo de husmear en el monumental sinsentido de la lógica humana”. El periodista argentino y nuestro novel escritor chilango, emprenden y dimensionan, de igual forma, la azarosa peripecia del thriller. La auténtica pesquisa la lleva a cabo el lector, verdadero co-creador y detective, cuyo veredicto es la solución unívoca al misterio. ■■